



UN SACUDÓN EN MARCHA

En la edición de la revista *SIC* correspondiente a octubre de 1998 se reflejaba con absoluta claridad el cambio político-institucional de envergadura que se venía encima. En los meses previos a las elecciones presidenciales de aquel año, se hicieron una serie de maniobras electorales con las que se buscaba cerrarle el paso al candidato *outsider* Hugo Chávez. Finalmente se impuso el deseo de cambio que prevalecía entre los venezolanos: el modelo político implantado en 1958 estaba agotado, el bipartidismo rechazado por la población y la situación económica no favorecía a los más pobres. Como lo indicaba el editorial de aquel octubre, había deseos de cambio entre los venezolanos, pero se trataba de una apuesta que no tenía sustento en un proyecto coherente y se basaba principalmente en una figura mesiánica.

Los deseos de cambio, según el editorial de *SIC*, no eran nuevos. El estado de la opinión pública le pasaba factura a una crisis que se había iniciado la década anterior. “Lo que empezó siendo una coyuntura económica al iniciarse los ochenta, hoy en día es una crisis de legitimidad, de gobernabilidad, que apunta hacia un cambio ra-

dical en el funcionamiento de la sociedad, de la economía y de las relaciones políticas”, rezaba el editorial. Se apuntaba, tempranamente, la necesidad de construir consensos (un nuevo pacto político y social) para poder conducir con éxito la travesía del cambio. Sugería *SIC* que el nuevo presidente (que ya en ese momento todo apuntaba sería Hugo Chávez) debía en primera instancia construir una base de estabilidad política: “Para lograrla, es imprescindible la convocatoria de los diversos estamentos sociales y la recuperación de la confianza tanto de los actores económicos, como sociales y políticos”.

Por su parte, Arturo Sosa en un texto titulado “Transición y constituyente” planteaba la necesidad de encausar el deseo de cambio: “Esta nueva fase de nuestra historia política, comienza por el proceso de establecer las condiciones básicas de la convivencia en la sociedad venezolana. Sobre ella se sustentan la estabilidad política dentro de la cual se genera el desarrollo social sustentable del país y la gobernabilidad para poder ir tomando las decisiones que lo hagan realmente posible en el corto y mediano plazo”. Como es conocida, la dirección que le dio luego Hugo Chávez a este deseo de cambio, desde el poder, apuntó en un sentido contrario, al punto que podría decirse que terminó dinamitando las ya menguadas condiciones básicas de convivencia, con una dinámica de polarización y confrontación que a su vez pareció rendirle frutos en términos electorales.

Según Sosa, el país vivía un momento singular de su historia democrática, lo cual representaba un desafío para el liderazgo político que emergía gracias a ese deseo de cambio que se respiraba en ese 1998: “Se trata de convertir el deseo de cambio, que caracteriza hoy las reacciones de la mayor parte de la población, en fuerza transformadora de las actitudes per-

sonales, las relaciones primarias, la conciencia política y las instituciones a través de las cuales se regula la vida común”. Un aspecto que se mencionaba explícitamente en este artículo, publicado en octubre de 1998, en relación con la necesidad de refundar las prácticas políticas e institucionales tenía que ver con reconocer cambios que habían precedido a aquel momento histórico. Sosa en particular planteaba la necesidad de reconocer los efectos positivos que había dejado el tránsito de un gobierno centralizado-presidencialista a uno descentralizado regional (estados) y local (municipios), producto del proceso de reformas que se iniciaron en la segunda mitad de la década de los años ochenta. Conocida es la historia que se vivió, especialmente con la entrada del siglo XXI, el gobierno de la *revolución bolivariana* caminó en sentido contrario, con lo cual ha producido una recentralización que hoy caracteriza la vida institucional en Venezuela.

*Andrés Cañizález. Miembro del Consejo de Redacción de *SIC*.